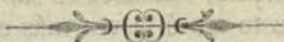


LECTURAS POPULARES.



Las veladas.

Estamos ya en el otoño. Las hojas de los árboles principian á ponerse amarillas; las próximas escar-chas las harán caer al suelo, y el viento las levanta-rá en remolinos. Las noches van siendo largas, y muchos menestrales tienen que velar parte de ellas para poder servir á sus parroquianos. Pero los que no tienen posibilidad de hacer esto, los jornaleros, labradores, albañiles y otros muchos, ¿qué se hacen durante esas noches tan largas, tan largas para el que no tiene en qué ocuparlas?

Muchos preguntan:—¿Porqué en nuestros dias, á pesar de las ideas de asociacion que son tan de moda, apénas se conocen ya ciertas costumbres de buena sociedad, que tenian nuestros abuelos? Tales eran las *veladas entre los vecinos*.

La razon es bien sencilla. En otro tiempo se ama-ba mucho, porque la gente era más cristiana.

En otro tiempo se sabia aguantar los defectos re-cíprocamente (porque entónces habia tambien sus de-fectos como los hay ahora), y se hacia de buena vo-luntad, porque se repetia diariamente de corazon esta frase:—Perdonadnos nuestras ofensas y faltas, así como nosotros perdonamos las ofensas que se nos ha-cen, ó las faltas en que otros incurren con nosotros; pues esto es lo que se significa con las palabras *deu-*

NÚM. 10.—15 DE NOVIEMBRE DE 1858.

das y deudores que decimos en la oracion del *Padre nuestro*.

Por consiguiente, entónces se sabia vivir en buena compañía: esto era á la vez más económico, más divertido y mejor. Así es que por la noche, acabada la faena del dia, la gente solia juntarse. Las mujeres trabajaban á la luz de una vela, ó donde eran más pobres, bastaba con un candil, ó una tea de resina: los hombres charlaban al rededor de un fogon, ó un hogar bajo. Reunianse muchas familias formando una sola, y si habia alguno que supiese *leer de corrido*, no faltaba algun buen libro para hacer el rato más entretenido. Un rato en que se hablaba, otro en que se leia, otro en que se rezaba el Rosario y otro en que se volvía á hablar, daban cierta variedad amena á la reunion, que perdía así la monotonía de que hubiera adolecido si no se hubiera hecho más que charlar. Así, se escuchaba, se oraba, se hablaba, se entretenia, se alegraba la gente, y se retiraba contenta, dándose las buenas noches y citándose para la casa donde tocaba la reunion á la noche siguiente.

Hoy en dia ya no es lo mismo, ó por lo ménos, sucede raras veces. Nadie quiere salir de su casa por no deber favores al vecino: de aquí resulta que en vez de un hogar hay que echar leña en diez, y en vez de una vela, ó su equivalente, hay que gastar diez velas. De aquí resulta que los hombres se fastidian, principian á bostezar, la noche se les hace eterna, empiezan las disputas entre marido y mujer; y el marido, para quitarse de ruidos, se larga de casa y se va á la taberna, donde bebe, malgasta, juega, politiquea y riñe con otros.

Todo esto resulta por ser el hombre *tieso* ó, como se dice vulgarmente, *por no dar su brazo á torcer*.

Pero ¿no seria mejor aguantar algo á los demas , á título de reintegro , y no vivir de ese modo como *hurones*?

Todavía estamos á tiempo de reparar el mal , y las LECTURAS POPULARES se darian por muy satisfechas si pudieran contribuir para el restablecimiento de las buenas noches de velada entre los vecinos. Que las familias se reúnan siquiera alguna vez entre semana, bajo la presidencia de los padres y de las madres, para leer estos cuentecillos é historietas, para aprender sus consejos de higiene, de economía doméstica, para abrir el corazon á otras enseñanzas más sólidas y graves. Leidas éstas, no faltará algun libro bueno que leer, ó bien el que se le dió de premio al niño en los exámenes, ó bien alguno que deje prestado el señor Cura.

¡Cuántos pobres ancianos sin distraccion y aun sin movimiento, cuántas pobres viudas aisladas y desamparadas, cuántas familias quizá encontrarán en ello provecho y placer! ¡Quién sabe si esto contribuiria á que algunos vecinos que no se hablaban, ó por desacuerdos políticos, ó por intriguillas de lugar en elecciones de cargos concejiles, ú otras cosas análogas, ó por desacuerdos de familia, lleguen á mirarse, hablarse, acompañarse y hacer las paces, admirándose ellos mismos al ver lo poco que les cuesta amarse!

Si las LECTURAS POPULARES llegasen á poder amenizar algun rato de estas veladas, daríamos por bien empleado nuestro trabajo. En cambio pediríamos á los que las oyeran leer, que en las oraciones que hicieran ántes de separarse pidieran á Dios el acierto en nuestros escritos, y la difusion de ellos si conviene para la mejora de costumbres.

La Hucha.

La *hucha*, ó *alcancia* como la llaman algunos (1) es, aunque no lo parezca á primera vista, uno de los muebles más importantes y que produce más positiva utilidad en una casa, ya porque no cuesta más que medio real, ó tal vez ménos, lo cual es interesantísimo para los que tienen poco provisto su bolsillo, ya principalmente porque goza de maravillosas cualidades, que todavía no ha observado un gran número de personas.

En primer lugar, la *hucha* es un excelente contador, que está continuamente repitiendo: dos y dos son cuatro; cuatro y dos son seis; seis y dos son ocho, etc. Nunca se equivoca; y si cada día se deposita en ella una cantidad, por insignificante que sea, al fin del año las devuelve todas juntas, sin la menor falta de *adición*, y sobre todo sin *sustracción*.

La *hucha* enseña á los que no lo saben, y recuerda á los que lo han olvidado, que 365 cuartos, que son tantos como días tiene el año, producen al fin de éste 42 rs. 52 mrs.; que 2 cuartos diarios hacen al cabo del año 85 rs. y 22 mrs.; que 4 multiplicados por la misma cifra de 364, componen la cantidad de 171 rs. 10 mrs., es decir, más de media onza de oro; y que, por consiguiente, aquel que en sus necesidades facticias, como, por ejemplo, en el gasto de tabaco, de la bebida y otros análogos, economiza un cuarto por día para depositarlo en la *hucha*, ahorra anualmente 42 reales y 52 mrs.; y si economiza 4, sale beneficiado en más de media onza de oro.

En segundo lugar, la *hucha* es un intendente admirable. Entre tantos como van frecuentemente á malgastar el escaso producto de su trabajo, muchas veces penosísimo, en el juego, en la taberna y en repugnantes jaranas, y que por el placer de un momento obligan á su mujer y á sus hijos á ayunar toda una semana, bien puede asegurarse que las tres cuartas partes lo hacen por pura irreflexión.—Yo no tengo más que algunos cuartos, dicen: ¿de qué me sirve el economizarlos si no han de sacarme de pobre, si no han de mejo-

(1) Es un pequeño botijo de barro con un agujero largo y estrecho, por donde se echa el dinero, sin que se pueda volver á sacar, á ménos de romperlo: en algunas provincias la llaman *olla ciega*.

rar siquiera mi situación?—Pero si tuviesen la costumbre de consultar á la *hucha*, verian con cuánta elocuencia y con cuánta energía defiende ésta su causa, consiguiendo siempre sobre ellos la victoria.—Desgraciados, les diria, vosotros malgastais en la taberna cada lunes dos, tres y quizá cuatro pesetas; de ocho á diez y seis en cada mes, y así sucesivamente hasta una considerable cantidad en cada año, que encontrariais en mi vientre en lugar de haberla perdido en el vuestro; y si no basta esta cantidad anual por sí sola para haceros ricos, la que llegueis á reunir con una constante economía durante los años que podais trabajar, bastará para hacer ménos miserable y penosa vuestra vejez, y por lo ménos tendreis siempre un recurso de que echar mano para curar vuestras enfermedades, para redimir á vuestros hijos de la suerte de soldados, y para alimentar á vuestra familia en las tristes ocasiones, por desgracia muy frecuentes, en que no tengais trabajo. ¿Podreis negar esta verdad tan clara? Pues si no podeis negarla, dadme largamente, dadme todo lo que os sea posible: yo no soy como la taberna, que toma y no da, ni como esos otros lugares en que, al paso que se disipa vuestro salario, se arruina vuestra salud: yo doy siempre: yo soy exacta y fiel: dadme, pues, y vosotros cogereis el fruto.

En tercero y último lugar, la *hucha* es un perfecto moralista. ¿Cuántos hombres habria sin la repugnante costumbre de emborracharse, si nunca hubieran puesto los piés en la taberna? ¿Y cuántos que no habrian entrado en ella si tuvieran una *hucha* para depositar la pequeña suma que habia de constituir sus ahorros? Todos los que lean estos renglones se verán de grado ó por fuerza obligados á convenir conmigo en esta verdad. Pero no es ella sola; porque no es ménos cierto que la taberna, donde los hombres pierden frecuentemente el más hermoso de los dones que han recibido del Criador, reduciéndose á la condicion del bruto, es la entrada en la carrera de todos los vicios. Allí se extingue el noble sentimiento de la propia estimacion y de la vergüenza: allí se olvidan las obligaciones más sagradas, y es grande el número de los que, colocados en esta resbaladiza pendiente, han venido de caida en caida á terminar su vida relajada en el banquillo del garrote. Mas sin ir tan léjos, ¿cuántos escándalos se habrian evitado en las plazas y en las calles públicas,

cuántas desazones domésticas y malos tratamientos entre los esposos, y cuántos hijos se hubieran mantenido en el amor y respeto de sus padres, si todos hubieran economizado algo para guardarlo en la *hucha*; si el marido hubiera hecho en ella el depósito; si la mujer hubiera seguido su ejemplo, y si el hijo hubiera traído á la casa sus ganancias en lugar de gastarlas inconsideradamente por su lado? La *hucha*, considerada de este modo, examinada bajo este punto de vista elevado, es el bien de la familia, porque es un poderoso motivo de economía, de la moralidad y del cariño de los padres á los hijos y de los hijos á los padres, circunstancias que constituyen la felicidad doméstica. Hay, pues, en la *hucha* una moral completa; y muchos de mis lectores sentirán ciertamente el no haberlo ántes conocido. Que reflexione sobre ello cada uno por su parte, que bien lo merecen tantas ventajas como la *hucha* proporciona, y tantos males como evita.



De una obrita titulada *El Consolador de las almas*, impresa en 1855 en esta corte, con licencia del Ordinario, copiamos las estrofas siguientes:

Privadas de merecer
En el Purgatorio imploran
De los que en la tierra moran
Alivio á su padecer.
Paz y eterna claridad
Brillen en su corazon;
Y de su oscura mansion
A las ánimas librad.

No hay quien les abra á la gloria
La senda, porque en un día
Sepultó la losa fria
Sus huesos y su memoria.
Ved sus manos levantadas
En actitud suplicante;
Ved su angustioso semblante
Y dolorosas miradas.

Los penetrantes clamores
Oid, oid, ¡oh cristianos!
De esposos, padres y hermanos,
De amigos y bienhechores.
Y Vos, Señor, enviad
La luz de consolacion;
Y de su oscura mansion
A las ánimas librad.



El loro, la urraca y el cuclillo.

Un lorito, un cuclillo y una urraca
En un mismo balcon juntos vivian.
Mientras la muy bellaca
Charlaba, dando saltos noche y dia,
El lorito silvaba,
El llanto remedando de un chiquillo,
Y por fin, el cuclillo
Su muy variado cántico ensayaba.
Júzguese qué terrible algarabía
La infeliz vecindad disfrutaria.
Pero era lo más bello y peregrino
Que cada cual tenia mil razones
Para echar pestes mil y maldiciones
Contra su convecino.
—¡Malhaya con el músico cansado,
Y peste con la urraca y con su pico,
Exclamaba el lorito incomodado,
Que imitar no me dejan cuando quiero
El sonoro silvido del portero,
Y el armonioso llanto de su chico.—
—Y el cuclillo gritaba:—¡Es insufrible!
Callad, torpe lloron, necia habladora,
Que no dejáis oír mi voz sonora,
Y la hariais falsear á ser posible.—
Y la urraca decia:—¡Idos al diablo!
¿No me permitireis formar vocablo?
Es cosa de que pierda la cabeza

Cuando el cuclillo empieza
Con su *cú cú* continuo y sempiterno ,
Y á remedar el loro
El maullar triste y tierno
de la señora gata
Que se quebró la pata.—

Miéntas que nuestras aves bulliciosas
Así se lastimaban ,
Su dueño con sonrisa maliciosa
En su libro estas frases anotaba :
« Si me molestan de persona alguna
» La presencia importuna ,
» Vanas acciones o palabras necias ,
» Antes de querellarme ,
» Debo con gran cuidado preguntarme
» Si soy yo mismo acaso tan perfecto
» Que no tengo tambien algun defecto
» Que reclame indulgencia ,
» Y si puedo en conciencia
» Por ventura exigir que todo el mundo
» Calle para dejarme
» Hablar , silvar , cantar y solazarme ,
» Ó para oír mi razonar profundo. »



Máximas.

El escarmiento es un buen hijo nacido de mala madre.
El tiempo es un tesoro que echa de ménos quien le pierde.
La fatiga es la almoliada del trabajador.
Los malvados y los ambiciosos duermen poco.

Por todos los artículos,
José de Castro.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado , á cargo de Francisco de Robles , Leganitos 17. —1858.